

admisibles, incluso los dientes de aquellos nobles animales que también la habían sabido defender. Si Miguel hubiera muerto, Marsa habría dicho con el fatalismo oriental: «¡El lo ha querido!» Sin embargo, no se quejaba del destino que había castigado al miserable conservando su vida.

Luego le olvidaba, y si alguna vez acudía a su memoria, era para aborrecerle, porque él la había arrebatado las profundas y dulces alegrías de la soltera ignorante, que, pensando en su elegido, en su dueño, en su esposo, se queda dormida sobre aquella almohada que sostiene su cabeza por última vez, diciéndose: «Mañana seré suya.»

¡Ah! la sensible inquietud de la que conmovida va a ser su esposa, el candor y la admiración de la virgen, el delicioso atractivo de aquel miedo ignorante y receloso, anhelando la hora de amor, cómo la hacían recordar a aquel Meuko para maldecirle y despreciarle con toda su alma, por haber envenenado de antemano aquellos momentos, condenándola a un silencio tan culpable como la mentira, ó a una confesión cruel que equivalía al suicidio!

XIX

No obstante era llegado ya el momento en que Marsa se veía precisada a optar entre ser la esposa de Zilah ó declararle que era una joven deshonrada. Quería confesarlo todo ahora, después de no haber tenido el valor de hacerlo anteriormente. La idea de que una mujer no debe ser condenada forzosamente a dejar de amar porque se haya encontrado con un miserable que abusa de su cariño, se había arraigado hondamente en ella, haciéndola vivir en una atmósfera de ilusiones. Parecía que no existía nada de lo que a su alrededor pasaba. La vistieron, colocáronla sobre sus negros cabellos el velo blanco de las vírgenes, y entre tanto ella, medio cerrando los ojos, murmuraba:

—¡Qué hermoso sueño!

Sueño, y sin embargo, por singular prestigio era realidad consoladora. Lo que parecía falso, ilusorio, imposible, alucinación de enfermo, dependiente de la fiebre, era Miguel Meuko, eran los años trascurridos, los besos de otro tiempo, las amenazas de ayer, los encarnizados ladridos de los perros, persiguiendo aquella sombra que no existía.

El general Vogotzinc, de gran uniforme, ceñi-

do hasta hasta ahogarse por lo estrecha que se le había quedado la casaca, con su casco y escarapela, ostentando varias hileras de cruces en el pecho; la cruz militar de San Jorge, con cinta roja y negra, la de Santa Ana, con cinta roja, todas las cruces posibles, fué el primero que se presentó á la puerta del cuarto de su sobrina, arrastrando el sable por el suelo.

—¿Quién está ahí?—dijo Marsa.

—Yo, Vogotzine.

Y despues que Marsa hubo dicho que la puerta estaba abierta, pasó adelante.

Dió una vuelta alrededor de la jóven, acariciando su blanco bigote, como si pasara una revista. Marsa estaba encantadora. Pálida, vestida de blanco, llevando al lado derecho el broche del conde Sandor (aquel broche que un día recibió la Tisza en hora solemne), dispuestó para sujetar un ramo de flores que le alargaba una doncella, la tzigana mostraba la más altiva elegancia y el encanto más seductor, con aquella palidez que aparecía más acentuada en su impassible rostro. Vogotzine, que resultaba bastante ordinario prodigando madrigales, la comparó á una «estátua de mármol.»

—Qué galante estais esta mañana, general—le contestó ella en tono involuntariamente duro, dominada por la emoción intensa que oprimía su pecho.

Bruscamente rechazó las flores de azahar que su doncella iba á prenderle.

—No—dijo;—nada de eso, ¡quiero rosas!

—Pero, señorita....

—¡Rosas!—repitió Marsa.—¡Y para la cabeza también quiero rosas blancas!

El viejo general se aventuró á una nueva galantería, más original y de mejor gusto que la anterior.

—¿Os parece demasiado vulgar la flor de azahar, Marsa? ¡Diablo! ¡Pues no se la encuentra tirada por las calles!—Y al decir esto, Vogotzine se reía de aquella ocurrencia.

La penetrante mirada de la tzigana, fija en los azulados y lustrosos ojos del general, contuvo en el instante la hilaridad de Vogotzine, que, con un movimiento instintivo, se cuadró militarmente, como si estuviese en presencia de la persona del czar.

—Os deajo para que acabeis de vestiros, querida mia—dijo al cabo de un momento.

Además él no podía parar allí, porque se ahogaba metido en aquel uniforme que ya había perdido la costumbre de llevar, y en el jardín, nadie le impedía estar á sus anchas y quitarse el casco, dejando ver su cráneo congestionado rodeado de un semicírculo de cabellos grises.

Mientras esperaba la llegada de Zilah, el general pidió un licor danés llamado *cherri cordial*, que le sirvieron en el mismo jardín.

—¡Vaya un día de agosto tan hermoso! Tendremos un tiempo soberbio... ¡Pero yo me ahogo!

La avenida estaba ya llena de gente. En todas partes se hablaba más ó menos de aquella boda de Maissons-Laffitte, entre la colonia de la alta sociedad y entre la gente del pueblo, que era la democracia del país. Como Marsa y el general

vivian teniendo poco trato, el número de invitados era muy escaso, lo cual no impedía que hasta los vecinos de Sartrouville y de du Mesnil se preocuparan de este suceso. Multitud de curiosos habian acudido para ver á la tzigana, vestida de blanco, á través de las portezuelas del carruaje.

—¿Qué ruido es ese que se oye fuera?—preguntó el general á los criados, vestidos de gala.

—¿Ese ruido? Es la gente que viene á ver la boda.

—¿De veras? ¡Ah! ¿de veras? ¡Hacen bien! no tienen mal gusto. Así verán una mujer hermosa y un uniforme elegante.

—Y al decir esto sacaba su robusto pecho como antiguamente en las grandes paradas del tiempo de Nicolás y de los fieles en la Perspectiva ó en las revistas del campo de Zarkoe-Selo.

A través de los castaños que ocultaban la avenida, se percibió un repentino rumor al que habia precedido el ruido de un coche y el alegre chasquido de los látigos como música que lo escoltara.

—¡Ah!—esclamo el general—¡es Zilah!...

Y bebiendo de prisa la última copa, despues de limpiarse el bigote, se adelantó hácia el príncipe Andras, en el momento que éste descendia del coche.

Acompañaban al Príncipe, Yanski Varhely y un italiano amigo del conde, Angel Valla, antiguo ministro de la república de Venecia en tiempo de Manin. Con su corbata blanca, su frac negro elegantemente llevado, su sonrisa franea,

altiva y de satisfacción, Andras Zilah apenas parecia haber pasado de los treinta años. Un rayo de juventud animaba sus ojos transparentes.

Erguido, levantando su cabeza de rubios cabellos, habia saltado ágilmente sobre la arena que crujía bajo sus pisadas con alegre ruido, y penetrando por las calles llenas de aroma y de luz de aquel jardín en el cual se levantaba bañada por los blancos rayos del sol aquella casa en la que Marsa le estaba esperando, alucinado por el triunfo, parecia como si acudiese á su primera cita de amor.

Cuando ya habia franqueado la escalinata que venia á terminar en la puerta del hotel, Vogotzine, estrechándole la mano, le preguntó por qué diablo no se le habia ocurrido vestirse para tan solemne acto con el airoso uniforme nacional de magyar que tan bien saben llevar los húngaros.

—Aquí me teneis á mí, querido príncipe, hecho todo un guerrero!

Andras estaba impaciente por ver á Marsa. Contestó con una sonrisa al general y en seguida le preguntó dónde se hallaba su sobrina.

—Está acabando de ponerse su uniforme—dijo Vogotzine, riendo con tal fuerza que al levantarse su vientre, en las convulsiones de la risa, hacia bailar el cinturon y la empuñadura de su sable.

La mayoría de los invitados debian ir directamente á la iglesia de Maissons. Solo los íntimos, la baronesa Dinati en primer término, seguida de Pablo Jacquemin, que no cesaba de tomar

apuntes, acudían á casa de Marsa, honrando así á Andras y al general, el cual se preocupaba sobre todo de que los concurrentes al *lunch* fuesen muchos, sin duda para que admirasen su extraordinario apetito.

La baronesa, luciendo rico vestido de seda color rosa y sombrero Rembrand rodeado de una magnífica pluma, entró de rondon en el cuarto de Marsa, á quien abrazó extasiada al ver la sorprendente belleza de la joven.

—¡Ah, qué encantadora estais! ¡Sois una desposada ideal! ¡Qué hermoso retrato!... ¡Adorable! ¡Y qué buen gusto habeis tenido al preferir para adorno las rosas blancas en lugar de la flor de azahar, cosa ya tan gastada y muy á propósito para los artesanos de la calle de Saint-Denis. Volveos. ¡Estais admirablemente bien!

Marsa, más blanca que su mismo traje, experimentaba una impresion particular al mirarse en el espejo, dichosa de parecer bella, porque iba á ser de *el*, y, sin embargo, contemplando aquella pálida figura como si no fuese su propia imagen. Como espectadora desinteresada de su propia existencia le parecia que no era ella la que se casaba, ó que, de pronto, en el momento más inesperado, iba á despertar de su sueño.

—¡Ahí está el príncipe!—la dijo la baronesa Dinati.

—¡Ah!—gritó Marsa.

Una especie de terror involuntario se apoderó de ella, como si el nombre del príncipe fuese á la vez el de un marido y el de un juez.

Pero cuando hubo acabado de vestirse, sober-

bia entre la especie de blanca nube que candelosamente la formaban las sedas y encajes de su traje cuya majestuosa cola sostenía una doncella para que al arrastrarse por el suelo no entorpeciera por completo sus movimientos, Marsa apareció en la puerta que daba al saloncito donde Andras la estaba esperando, todo lo olvidó, embriagada de amor y reanimada por la dulce sonrisa del príncipe, que la miraba como deslumbrado ante aquella aérea y blanca vision, á quien la atmósfera suave, el cielo azul y la brisa del jardín penetrando por los abiertos balcones, comunicaban tonos de luz y alegría.

Con ardiente efusion Andras se adelantó hácia ella, y cogiéndola las manos, en voz casi imperceptible la dijo mientras ella bajaba confusa los ojos:

—¡Qué hermosa estais, Marsa!

Era aquella la primera vez que, sobreponiéndose el amor al respeto, le hablaba de aquel modo íntimo, haciendo que Marsa se estremeciese al oírle aquellas sencillas frases en las cuales veía la explosion de un alma.

—¡Y cuánto te amo!

Estas palabras las acompañó el Príncipe de una dulce presion con sus manos y de una mirada que penetró hasta lo profundo del corazón de la joven.

Luego, ambos se entregaron á esos coloquios de amor, á ese cambio de sentimientos que, con ser tan vulgares y repetidos, suenan como deliciosa música en los oídos de los enamorados. Discretamente, los espectadores se habían ale-

jado de la feliz pareja, dejándoles que gozaran por entero de aquel minuto furtivo, dichoso é inolvidable, que no se vuelve á encontrar despues y que en el albor de lo desconocido encierra una dulce y tímida satisfaccion, triste como una despedida y henchida de esperanzas como la naciente aurora.

Andras le repetía lo infinito de su amor y cuánto era el agradecimiento que en su alma encerraba por haber merecido la dicha de que Marsa, desconociendo su juventud y su belleza, consintiera ser la esposa de un casi desterrado, en quien, á pesar de todos los esfuerzos, quizá existiera un fondo de la melancolia del pasado.

Pero ella, estremando la espresion de su reconocimiento, en un arranque inspirado de abnegacion y de amor en que palpitaba toda la energia de su raza, toda su apasionada naturaleza, empapadas en el llanto, replicaba:

—No me digais que os doy la vida, á vos, que de una hija de las estepas habeis hecho una mujer ilustre, gloriosa, demasiado gloriosa y demasiado feliz, y que no cesa de preguntar al cielo por qué le concede tanta ventura.

Y en el trasporte de su felicidad, apoyando insensiblemente su brazo en el de Zilah y casi rozando su cara con el rostro de Andras, añadió:

—Hay en nuestro país ¿os acordais? un proverbio que dice: *¡La vida es la tempestad!* ¡Muchas veces, en medio de mis inagotables tristezas, lo he recordado! ¡Ah! ¡si supiérais!...

Bruscamente movió su cabeza y añadió:

—Pero este malhadado proverbio lo borra pa-

ra nosotros aquel refran de nuestra antigua cancion: *¡La vida es un collar de perlas!*

Y Marsa, acariciada por las embriagadoras ilusiones que en aquel momento eran tangible realidad, olvidándose de sus tristezas, permanecia silenciosa, con sus grandes ojos humedecidos fijos en Andras, que, no ocultando su contento, repetía una vez más su dulce murmullo:

—¡Te amo!

Para aquellos dos seres, absortos en su amor é indiferentes á cuanto en su alrededor habia, todo lo del mundo se encerraba en aquella espresion.

XX.

De aquel éxtasis vino á sacarles la baronesa acercándose á ellos, siempre alegre y riendo, para indicarles la hora y haciendo que Andras y Marsa le siguieran hasta el carruaje que dentro del jardín les esperaba hasta el pié de la escalera, desfilando por delante de Varhely, Vogotzine, Angel Valla, Pablo Jacquemin y demás invitados, que formaban como la escolta de honor de los dos esposos.

A seguida, la baronesa Dinati, con Andras y Varhely, subieron al carruaje del príncipe, mientras Vogotzine ocupaba su sitio en el de Marsa, al lado de su sobrina, haciéndose visible por la portezuela para que le admirasen las gentes á quienes gustan los uniformes.

Cuando Marsa entró temblando en la iglesia, despues de haber echado una rápida y supersticiosa mirada á la pobre fachada gótica de aquel templo, y provocando un murmullo general por su belleza, apenas distinguió las personas que la saludaban, y como una autómata se arrodilló junto á Andras en el rico almohadon dispuesto al efecto.

A tal extremo llegaba su olvido en aquella hora, que realmente era otra mujer, ó más bien,

una doncella con la pureza, el desconocimiento y la dulce timidez de la cándida é ignorante desposada. Aquel maldecido *otro tiempo*, de no lejána época, lo consideraba como una vision molesta, una de esas pesadillas que desaparecen cuando con el nuevo día cesa la fiebre.

Todo cuanto veía, aquel sacerdote, aquellos acólitos, aquellos ornamentos bordados en oro, traían á su mente recuerdos vivos de su candor infantil. En la iglesia, el recogimiento y la emocion aumentaban la solemnidad de aquella ceremonia religiosa, que alumbraban infinitas luces ardiendo ante las sagradas imágenes.

En el exterior de la capilla el pueblo se agolpaba para ver salir la aristocrática boda, y entretenía su impaciencia contemplando asombrado los lujosos trenes en que habia de ser conducida. Un mendigo, ciego y flaco, acurrucado en el átrio de la iglesia, dejaba oír, de tanto en tanto, en medio de aquel ruido, su monótona petición, parecida al canto de una ave nocturna.

Yanski Varhely, no pudiendo soportar la atmósfera pesada del interior de la capilla, que hacia que le amagase la jaqueca, se habia salido á la plazoleta para disfrutar el fresco que se sentia á la sombra de los tilos, y desde allí contemplaba con cierta curiosidad el aspecto de aquellas inmediaciones, esperando la terminacion de la ceremonia.

Iba ya á entrar nuevamente en la iglesia, cuando vió que de entre aquella multitud salía un criado vestido de librea, que despues de haber dirigido una investigadora mirada al interior

del templo, levantándose sobre las puntas de sus piés, se aproximaba á Yanski con la gorra en la mano, preguntándole:

—¿Es á Mr. Varhely á quien tengo el honor de estar hablando?

—Sí—contestó Yanski algo sorprendido.

—Tengo un encargo para el príncipe Andras Zilah; ¿sería el señor tan amable que quisiera dispensarme el favor de entregar esto al príncipe? El señor me perdonará, pero la cosa es urgente y yo tengo que marcharme al instante. Debí haberlo llevado ayer mismo á Maissons.

Al decir esto, el criado sacó de su bolsillo interior de la librea un paquetito muy bien sujeto con un cordoncillo, envuelto y sellado con lacre rojo.

—El señor me escusará—añadió de nuevo—pero es muy urgente.

—Y ¿qué es esto?—preguntó Varhely algún tanto mal humorado.—¿De quién procede?

—De parte del señor conde Miguel Meuko.

Lo mismo que Andras, Varhely estaba perfectamente enterado de que Miguel había sido herido gravemente, teniendo que permanecer en cama hacia algún tiempo; á no ser por esto le hubiera llamado extraordinariamente la atención que no concurriera á la boda del príncipe.

Crejó, pues, que se trataba simplemente de un recuerdo de Meuko, de un regalo para el novio, y cogiendo el paquete, al que maquinalmente dió una vuelta entre sus manos, quedó sorprendido al fijarse en que aquel bulto parecía un paquete de cartas.

Miró el sobre y vió en él trazado, con letra clara y segura el nombre del príncipe Andras Zilah. En el ángulo izquierdo, Miguel Meuko había escrito en caracteres húngaros: *¡Urgente! Con la expresion de mis disculpas y de mi tristeza.* Y debajo la firma *Meuko Mihaly*.

El criado no se había movido y continuaba allí, de pié, respetuosamente descubierto.

—El señor tendrá la bondad de perdonarme—dijo,—pero entre tanta gente, me sería difícil llegar hasta su excelencia. ¡Y el señor conde me lo encargó tan seriamente!

—Está bien—replicó Varhely.—Yo mismo haré entrega de ello al príncipe inmediatamente.

Dando una vez más las gracias, el criado saludó y se alejó de Varhely, á quien no dejaba de preocupar aquel misterioso paquete que Meuko enviaba al príncipe.

«¡La expresion de sus disculpas y de su tristeza!» Con esto Miguel quería expresar indudablemente la pena que sentía de no poder estar entre los amigos de Andras, él que era uno de los más estimados, uno de los más íntimos y á quien el príncipe daba el cariñoso título de «hijo mio.» Si, evidentemente no era otra cosa. Pero ¿á qué venía sellar y envolver tan cuidadosamente el tal paquete, y qué era lo que podría encerrar? Yanski lo tocaba y retocaba dándole mil vueltas entre sus manos, y á poco estuvo que lo abriese; tal era el interés que le inspiraba el saber lo que contenía.

Estuvo seriamente meditando si debía entregar al príncipe aquel encargo. ¿Y por qué no?

¡Pensar que de parte de Miguel Menko pudiera venir una noticia desagradable, era una locura!

El joven conde, imposibilitado de poderse hacer trasladar á Maissons, enviaba su parabien á Zilah, que se consideraba muy dichoso al recibir el recuerdo de su amigo. A esto quedaba reducido todo. En ello no aparecía ningun peligro posible, ninguno. Por el contrario, era una felicitacion más y un nuevo motivo de alegría para Andras.

Sin embargo, Varhely no podía menos de reirse de la inquietud que, sin saber á qué atribuirlo, se apodera en determinados momentos de la persona que se vé sorprendida por una carta que desconoce ó por un telegrama inesperado. Hay veces que sólo la vista de un sobre cualquiera nos hace temblar, como si bajo él se encerrara una amenaza.

Aquel rudo militar no estaba acostumbrado á tales debilidades, así que se reprochaba como una niñería la especie de temor instintivo que le asaltara hacía poco y que por fin había logrado desechar.

Luego se encogió de hombros y siguió andando hacía la capilla. En el interior se notaba ya esa agitacion que sigue á la terminacion de un acto religioso, y poco despues el órgano, interpretando la sinfonia *El sueño de una noche de verano*, pareció hacer majestuosamente los honores á los recién casados cuando éstos salian del templo.

Al aparecer Marsa en la plaza, la multitud no pudo contener una prolongada exclamacion de

entusiasmo. Estaba radiante, y la gente, al abrir paso, la miraba encantada. La portezuela del carruaje del principe estaba abierta, y Marsa subió á él rápidamente, seguida de Andras, que tomó asiento á su lado.

En el momento de ponerse en marcha el coche Zilah deslizó al oido de la tzigana estas frases, en las cuales se desbordaba su corazon.

—¡Ah! ¡cuanto te amo! ¡mi bien, mi adorada Marsa!... ¡Cuánto te quiero y cuán dichoso soy!

XXI.

Nada faltaba para que todo fuese alegría en la atmósfera que les rodeaba. Aquellas caras sonrientes, aquellos saludos, aquella apretada multitud que apenas permitía el paso á la berlina en que iban los novios, aquella música de Mendelssohn que lanzaba sus notas triunfales, aquel sol brillante cuyos rayos iluminaban las verdes hojas de los árboles, aquella alegre algazara, todo parecía acariciar á los recién casados como una especie de perfume embriagador; y en la intensidad de su dicha, la tzigana, henchido su corazón y á punto de desbordarse, no podía dominar las lágrimas de felicidad que asomaban á sus ojos.

—¡Es una boda feliz! ¡No se puede pedir más! ¡Los novios! ¡El panorama! ¡Esos tilos! ¡Esos honrados aldeanos! ¡Esas muchachas! ¡Todo, todo es envidiable!... Si alguna vez se me ocurriera casarme de nuevo—repetía la baronesa riendo—me casaría en la aldea.

—A vuestras órdenes, baronesa—dijo entonces el viejo Vogotzine, á quien la electricidad de aquel día de verano hacía estar más galante que de ordinario.

Y Jacquemin, ingenioso, exclamó, dirigiéndose al ruso.

—¡Ah... soberbio general!... ¡Muy delicado!... ¡Muy correcto! ¡Muy de la regencia! ¡Tomo nota!

Uno tras otro fueron desfilando los carruajes, y en pocos minutos desaparecieron por el camino de Maissons, dejando á los chiquillos que se disputaran en la puerta de la iglesia el dinero y los dulces con que el príncipe Andras les había obsequiado. Los criados, de gran librea, estaban dispuestos para servir el *lunch* á los convidados.

No se hizo esperar mucho el asalto, marchando al frente muy decidido, el general Vogotzine, á quien el ambiente había abierto extraordinariamente su acostumbrado buen apetito, y pronto toda aquella colonia dió buena cuenta de las abundantes pastas, fiambres y *sandwiches de foie-gras* que la boronesita Dinati se llevaba á la boca como si fueran bombones, rociándolos con un *Lerville* al que Jacquemin había encontrado *bebible* despues de saborearlo.

Charlando, riendo, escudriñándolo todo y gozando como si asistiese á un *estreno*, la baronesa iba y venía de un lado para otro, diciendo á todo el mundo que aquella misma tarde salía para Trouville, llevándose baules y más baules, —¡un monton de baules! ¡Como que era la semana de las carreras!

Con los lentes sobre su fina nariz, se detenía delante de un juguete, de un cuadro, de cualquier chuchería, riendo como una chiquilla exclamando en alta voz:

—¡Oh, que bonito es esto! ¡Qué bonito!... ¡Es muy gracioso!.. ¡Esto indica que ya en la antigüedad existían *cocodettes*! ¿No es cierto, Varheley? ¡Ah, pero vos no sabeis lo que son las *cocodettes*!

Y, deteniéndose, con su copa de Málaga en la mano izquierda, ante un retrato de Marsa, lienzo de un carácter extraño, sorprendente y particular, obra de un pintor que sabe reflejar el alma de la mirada:

—¡Calla, pero estoy viendo un retrato soberbio! ¿De quién es, Marsa?

—De Zichy—respondió Marsa.

—¡Ah! sí, Zichy. Ya no me estraña... Hay también otro pintor húngaro muy notable. He oído hablar de él... Es antiguo, no recuerdo en este momento... tiene así un nombre como Barabás...

—Nicolás de Baratás—dijo Varheley.

—¡Sí, eso es! Según dicen, ese pintor es una celebridad. Pero vuestro Zichy me gusta mucho más; os ha puesto unos ojos y unos cabellos, y ha dado tal expresión a vuestro semblante... ¡En fin que sois vos misma, enteramente la misma, princesa! Yo quisiera tener un retrato mio como este. ¿No se llama Miguel vuestro Zichy?

Y al decir esto se aproximó al cuadro, hasta casi tocarlo con los lentes, para ver la firma.

—Sí, bien decía yo, Miguel Zichy.

Aquel nombre de «Miguel», lanzado allí cuando menos se esperaba, hizo temblar a Marsa. Esta cerró los ojos como para notar alguna rápida visión; luego, de pronto, dejó a la baronesa que

seguía contemplando la obra de Zichy como pudiera hacerlo en la Exposición, y se unió a los demás amigos, respondiendo con una sonrisa a las galanterías que la dirigían, procurando tomar parte en todas las conversaciones y haciendo esfuerzos para olvidar.

En medio de aquel bullicio, en que las risotadas de Vogótzine se oían confundidas con la charla de la baronesa Dinati, Andras sentía un doble deseo; por una parte hubiera querido que la algazara de aquella fiesta se prolongara indefinidamente en el silencioso castillo, y por otra ansiaba encontrarse a solas con Marsa para llevarla en seguida a su hotel, a París, y luego a cualquier punto retirado, a la villa de Saint-Adresse hasta los primeros días de setiembre desde donde se trasladarían a Venecia y más tarde a Roma ó a Pisa durante todo el invierno.

Para él todas aquellas miradas le arrebatában parte de su vida, porque Marsa le pertenecía, obligada, como estaba, a ir de unos a otros respondiendo a los vulgares cumplimientos que en tales momentos se prodigan sin que se diferenciásen en nada unos de otros, lo mismo los de Angel Valla, dichos en italiano, que los del pequeño Yamada, el sempiterno sonriente japonés, empeñado en *hacer frases* en competencia con el *reporter* Jacquemin.

El príncipe veía impaciente que se retrasaba el momento de gozar en la casa de Marsa la envidiable soledad de los días precedentes, y sospechando esto mismo la baronesa Dinati, amenazándole con el dedo, le decía jovialmente:

—¡Conozco, mi querido príncipe, que ansiáis por momentos vernos marchar!... ¡Oh, no me lo negueis!... ¡Me lo explicó! ¡Cuando yo me casé no hubo *lunch*.

Al salir de la sacristía el baron me cogió y me llevó á su casa sin más aparato. ¡Robada casi como cuentan en las novelas! ¡Pero no temais, yo me encargo de alejar á vuestros huéspedes y de hacer que os dejen libres!

Antes de que Zilah hubiese respondido, la baronesita desapareció de su lado, y poco á poco, efectivamente, hablando al oído á sus amigos, dando palmaditas en el hombro á los más reacios, consiguió que los convidados se marcharan despidiéndose á la inglesa, como lo indicaba el ruido incesante de los coches al ponerse en marcha y que por las ventanas abiertas del salón podía oírse.

Al fin Andras y Marsa se encontraban casi solos, acompañados únicamente de Varhely, cuando á poco apareció la baronesa todo roja, sofocada y con aire de triunfo, y dirigiéndose al conde, le dijo:

—Y bien, ¿qué os parece? ¡Como el humo!... ¡Fuff!.. ¡Hasta Jacquemin ha tomado el tren! ¡Todos han volado!... ¿No me lo agradeceis siquiera?

Y tendiendo á Andras su mano gordita, añadió:

—¡Andad, ingrato!

Después de abrazar á Marsa posando sus labios rojos como las cerezas, sobre la pálida mejilla de la tzigana, la baronesa Dinati desapareció de intento furtivamente con su alegre risita

de siempre y señalando su camino por el frou-frou que al arrastrarse hacía su falda.

Entre todos aquellos amigos, Varhely era el más íntimo, el amigo de corazón de Andras. En medio de aquel torbellino, desde por la mañana no les había sido posible cruzarse una palabra.

Yanski hizo bien en quedarse el último, porque su mano era la que verdaderamente quería estrechar el príncipe antes de partir, como si Varhely fuese pariente suyo y el único que sobreviviera de su familia.

—¡Desde hoy contáis no sólo con un hermano, mi querido Varhely, sino también con una hermana que os aprecia y estima, como yo mismo os respeto y quiero!

La erguida cabeza de Yanski aparecía agitada por ligeras convulsiones, hijas de la emoción que le embargaba, y que en vano pretendía ocultar bajo una aparente rudeza.

—Bien merezco una parte de vuestro cariño—replicó el húngaro,—porque yo os quiero mucho... mucho... á uno y á otro—añadió señalando á Marsa con un movimiento de cabeza.—¡Pero no, no habéis de respeto! ¡Eso es hacerme demasiado viejo!...

Cogiéndole del brazo, la tzigana acompañó á Vogotzi fuera de la sala, asustada de ver el color amoratado que por momentos iban adquiriendo la frente y pómulos del viejo general.

—Venid á que os dé un poco de aire—le decía Marsa, en tanto que él, sin comprenderlo, fijaba en ella sus ojos, que parecían salirse de las órbitas.

Mientras esto ocurría, Varhely, llevándose la mano al bolsillo, sacó el paquetito que le había entregado el criado de Meuko, y alargándolo a Andras, dijo:

—¡Ahí tienes de parte de otro amigo!... Me lo han dado á la puerta de la iglesia.

—¡Ah! bien decía yo que Meuko no dejaría de escribirme—dijo Andras despues que hubo leído en aquel sobre la firma del joven.—¡Gracias, mi querido Varhely!

—Ahora—dijo Yanski—solo tengo que deciros que seais muy feliz, Andras. Espero que no tardareis en comunicarme noticias vuestras.

Zilah cogió la mano que le alargaba Varhely, y en seguida, por un movimiento instintivo, atrajo hácia así á su antiguo amigo, estrechándole fuertemente entre sus brazos.

En la escalinata, adonde daba la puerta de salida, Varhely se encontró con Marsa, que también le estrechó muy afectuosamente su mano.

—¡Hasta la vista, conde!

—¡Hasta la vista, princesa!

Marsa sonreía contemplando á Andras, que salía á acompañar á Yanski, llevando en la mano el paquete que éste le había dado, cuyo sobre se veía aun intacto.

—¡Princesa!—dijo ella.—Hace un momento que de todos y en diversos tonos oigo ese título. Pues bien; ¡solo me es grato cuando vos me lo dáis, mi querido Varhely!... ¡Pero princesa ó no princesa, para vos siempre seré la tzigana que, cuando os plazca, está dispuesta á ejecutar, para pro-

porcionaros el placer de oírla, la música de su país... de nuestro país!

En el modo con que Marsa pronunció aquellas sencillas palabras, había tal dulzura y atractivo que para el viejo patriota eran como un recuerdo de su pasado y de la patria.

—*¡La tzigana es la más querida! ¡La tzigana es la más encantadora!*—dijo en húngaro Yanski Varhely repitiendo un refran del canto magyar.

Con un rápido movimiento, casi militar, saludó por última vez á Andras y á Marsa que continuaban en las gradas de la escalinata, envueltos en la brillante luz del sol, cuyos reflejos, atravesando las ramas de los árboles, proyectaban sus sombras sobre las blancas paredes, dibujando como una especie de encaje movido por el viento.

El príncipe y la princesa le respondieron por señas con las manos, en tanto que el general Vogotzine, sentado á la sombra bajo un castaño, con la levita y el cuello desabrochados, congestionado y medio ahogándose, trataba en vano de ponerse en pié para devolverle el saludo á aquel último convidado que se marchaba.